

2) HISTORIA

J. J. Fernández Sangrador, *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría*. Plenitudo Temporis. Estudios sobre los orígenes y la antigüedad cristiana, 1. (Salamanca: Universidad Pontificia 1994) 233 pp.

Esta monografía con la que se inaugura esta nueva colección de la Pontificia de Salamanca —dirigida por el prof. R. Trevijano quien había escrito acerca del tema (SPatrist XII: TU 115, pp. 471-77)— cubre un vacío en el panorama hispánico de la investigación histórico-teológica.

El trabajo de Fernández Sangrador (FS) —presentado en su día como tesis doctoral en la universidad salmantina bajo la dirección de R. Trevijano— es, en su conjunto, la mejor obra hasta el presente sobre los comienzos de la comunidad cristiana de Alejandría. El argumento había sido abundantemente tratado por la comunidad científica, tanto por historiadores del mundo greco-romano como por estudiosos de la historia y literatura cristiana antigua. Lo señala patentemente el autor en la casi exhaustiva bibliografía (pp. 191-215) en la que se hace acopio de los textos bíblicos, apócrifos, los procedentes del judaísmo helenístico, actas de los mártires alejandrinos, noticias de Aristeas, Filón de Alejandría, Flavio Josefo, III de los Macabeos, textos más directamente patrísticos, referencias de Nag Hammadi, testimonios de clásicos griegos y latinos (Arriano, Diodoro Sículo, los Escritores de la Historia Augusta, Estrabón, Herodoto, Livio, Pausanias, Plinio, Plutarco, Polivio, Pseudo-Calístenes, Q. Curcio, Suetonio, Tácito, Vitruvio), inscripciones y papiros y más de 300 estudios relacionados con el tema. Pero ninguno había afrontado sistemática y globalmente los orígenes de la iglesia de Alejandría. Este es el cometido que se propuso FS y, a nuestro entender, lo ha logrado: recoger absolutamente todo lo dicho hasta el presente referirlo con toda fidelidad y presentar un *status quaestionis* que será, sin lugar a dudas, obligado punto de partida para toda investigación futura sobre los inicios de la comunidad cristiana de Alejandría. En efecto «el presente estudio se propone ordenar aquellos documentos antiguos o monografías y artículos recientes en los que se recojan datos u ofrezcan propuestas relativas al origen del cristianismo en Alejandría, para, en la medida de lo posible, conocer y describir la primera acción evangelizadora llevada a cabo en la ciudad, así como su posterior desarrollo» (p. 25).

El estudio de FS está dividido en dos partes y diez capítulos desarrollados con sobriedad y precedidos de una clara y sucinta introducción. En la primera parte (pp. 33-107) presenta las fuentes testimoniales directas, testimonios que no aportan datos como para reconstruir los primeros momentos de la iglesia de Alejandría. Las referencias de Justino e Ireneo dan a entender que a mediados del siglo II existían cristianos en la ciu-

dad fundada por Alejandro Magno y que a fines del mismo siglo existían relaciones entre los de Alejandría y Lyon. FS es cauto en las conclusiones que se pueden derivar, entre otros de la lectura de los Hch, de la carta de Adriano y del Cód. Beza. El capítulo 2.º versa sobre los principales testimonios antiguos; analiza y juzga con reservas la HE de Eusebio de Cesarea y las Pseudoclementinas aunque «parece oportuno excluir estas obras del capítulo de las fuentes» (p. 53). El capítulo tercero recoge diversos tipos de testimonios. Estos datos favorecen el que el autor ofrezca una historia de la investigación sobre el origen de la iglesia de Alejandría. Critica, al mismo tiempo que valora, las aportaciones de J. M. Neale, Ch. Bigg, W. Bousset, Ph. D. Scott-Moncrieff, W. Bauer y A. von Harnack. Subraya FS como estos estudios «dejan traslucir, sin disimulo, los presupuestos ideológicos de sus autores» (p. 86). Y a los estudios citados hay que añadir los juicios, sin duda certeros y justos, sobre la arbitrariedad de las tesis de B. H. Streeter y S. G. F. Brandon. Esta última «la más leída, es la menos convincente» (p. 87). Los juicios aducidos por el autor obligaban a nuevas indagaciones y así en el capítulo quinto completa lo anterior con el desarrollo del título siguiente: nuevos planteamientos y resultados de la investigación reciente sobre el origen del cristianismo en Alejandría. Resalta los trabajos de C. H. Roberts, sobre todo por la utilización del material papirológico egipcio y sus posiciones contra W. Bauer, los de L. W. Barnard, F. Pericoli-Ridolfini, G. M. Lee, R. Trevijano, B. A. Pearson y A. F. J. Klijn.

En la segunda parte se trata de reconstruir los orígenes alejandrinos afianzándose en los datos topográficos, geográficos y literarios. A partir de éstos se puede conjeturar con bastante seguridad en qué lugar de Alejandría se aposentó por vez primera el cristianismo y su establecimiento en torno al Serapeum, los vínculos existentes entre Cirenaica y Alejandría, la relación entre el judaísmo alejandrino y el cireneo, la probabilidad de que la Epist. de Bernabé y otros escritos sean alejandrinos. El estudio de FS se cierra con un capítulo conclusivo sobre cómo Alejandría comenzó a ser cristiana, cuándo se formó la primera comunidad y cuál fue su desarrollo durante los primeros siglos. Alejandría, según el autor, fue evangelizada por misioneros cristianos vinculados al grupo de los helenistas. Al no estar concordes las fuentes sobre el protagonismo principal (Marcos, Bernabé o Lucas) es preferible hablar de corrientes heleenísticas. Con todo contamos con una base histórica que posibilita reconstruir fragmentariamente la vida inicial de la comunidad alejandrina, comunidad que nació en el marco de las relaciones de Alejandría, entre otras, con Palestina, Chipre y Antioquía. No hay que olvidar la influencia que ha tenido el Serapeum en la configuración del cristianismo sapiencial alejandrino.

En conclusión: nos encontramos con una investigación modélica sobre el origen de una de las grandes iglesias del cristianismo primitivo. Otras iglesias —Antioquía, Jerusalén o Roma— no cuentan todavía con un trabajo similar al que ahora presentamos, donde se nos ofrezcan sumaria y críticamente todos los datos en orden a establecer qué conclusiones pue-

den ser seguras y cuáles meras hipótesis. Por otra parte esta investigación deja abiertos otros aspectos merecedores de estudios posteriores, p. e. cómo se configuró el cristianismo plural alejandrino —que no herético como se propugnaba W. Bauer— y evolucionó hasta integrarse en la Gran Iglesia.

Únicamente me resta indicar la impecable metodología y la concisión tanto en las exposiciones como en las conclusiones que facilitan, con un estilo sencillo y llano, aprehender multitud de datos. Sin embargo, los duendes se han reservado alguna que otra errata (p. 37, línea 11; p. 70, nota 4 *ad fin*). Auguramos que la colección iniciada puede seguir regalándonos obras de este género.

E. Romero-Pose

T. de Azcona, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, BAC 237 (Madrid: Biblioteca de Autores cristianos 1993), LX-970 pp.

La obra de Tarsicio de Azcona sobre la vida y reinado de Isabel la Católica se ganó, merecidamente, en su primera edición el respeto y estimación de los historiadores. Entre el ditirambo sin tasa y la denigración visceral, escogió el camino de una serena investigación rigurosa y con sentido crítico, tras una información exhaustiva tanto bibliográfica como documental. Diecinueve archivos consultó directamente el autor de esta obra para roturar terrenos inexplorados, no sólo de una biografía, sino de un reinado. Incorporó a su obra capítulos de historia social e institucional que la convierten en algo más que una biografía. Tuvo el afán de planteamientos nuevos y hasta de señalar rumbos nuevos a la investigación.

Determinar críticamente los hechos, entenderlos genéticamente y exponerlos concisa, serena y hasta bellamente, fue el método que presidió su trabajo. Todo ello superando la narrativa de las crónicas de época y los clichés creados por la Contrarreforma, el Barroco y el Romanticismo. Su alto dominio del terreno acotado para el análisis, le hace confesar que nada tiene que temer la imagen de la «gran reina» de la historiografía documentada y objetiva. Más aún, piensa que sólo cuando haya sido borrado con discreción el halo legendario, podrá ostentar la reina otro halo máspreciado.

En ésta, que realmente es tercera edición de una magna obra, el autor redacta dos importantes capítulos nuevos (el perfil de la reina y una mayor atención otorgada a los últimos años del reinado). Se ha asomado e investigado en catorce nuevos archivos, aportando nuevos datos inéditos; analiza con mayor profundidad aspectos hacendísticos y políticos, el capítulo de la reforma del pueblo y el del llamado nuevo orden granadino. Ha meditado, y revisado cuando procede, su obra a la luz de la crítica

de revistas. Ha completado, aunque con criterio selectivo, su amplia bibliografía, nada menos que 27 páginas. Con todo ello la obra alcanza mayor perfección, al margen de su galanura expositiva, y puede considerarse como uno de los más logrados intentos para valorar serenamente una figura histórica de gran relieve y trascendencia histórica.

Destacan en la obra las páginas dedicadas a la regeneración política del Estado y no menos el tratamiento del vasto problema de la reforma de la Iglesia, sobre todo en el estamento episcopal, terreno especialmente conocido por el autor desde su tesis doctoral, y en el campo de las Órdenes religiosas. Puntos delicados como el del acceso al trono y la suerte de Doña Juana, conocida como la Beltraneja, el de la dispensa pontificia para el matrimonio con Fernando de Aragón, la institución de la Inquisición, la política referente a los judíos, la actitud adoptada ante el descubrimiento de América, son tratados en páginas magistrales con gran conocimiento de fuentes y manejo crítico y sereno de las mismas. La reciente polémica, estéril y puramente visceral, desatada con motivo de la posible beatificación de la reina, hace aún más necesaria la voz, documentadísima y seria, de este autor, siempre honesto cuanto documentado, en el tratamiento de los temas. Su intento de darnos una síntesis madura, elaborada sobre todos los elementos hoy disponibles y otras tantas investigaciones parciales, logra su objetivo plenamente y aún abre pistas a ulteriores investigaciones. La obra de Tarsicio de Azcona es una soberbia monografía moderna sobre Isabel la Católica.

J. I. Tellechea Idígoras

B. Méndez Fernández, *El problema de la salvación de los «infiel» en Francisco de Vitoria. Desafíos humanos y respuestas teológicas en el contexto del descubrimiento de América*. Publicaciones del Instituto Español de Historia Eclesiástica. Monografías 33 (Roma: Iglesia Nacional Española 1993) 382 pp.

A la ya nutrida bibliografía sobre el restaurador de la Teología en Salamanca viene a sumarse esta espléndida tesis doctoral. Versa sobre un problema teológico que se actualizó e innovó con motivo del descubrimiento de América. Bajo el encasillado teórico y tradicional del «infiel negativo» se descubrían pueblos enteros. La novedad en el *hecho* del problema imponía novedades en su planteamiento, y además implicaba novedad en los planteamientos políticos y pastorales de la evangelización.

Eran conocidos ya los principios de Francisco de Vitoria acerca de la conquista de América y de las pautas de evangelización que debían respetar la libertad ante la propuesta de la fe cristiana, así como derechos fundamentales de dominio y propiedad. El autor de este estudio aborda de manera exhaustiva un problema más radical y de fondo como es el de

la salvación de los infieles, teniendo en cuenta los presupuestos dogmáticos del problema, entre los que priman la voluntad salvífica universal de Dios, el de la salvación en y por Cristo, y el de la necesidad de alguna manera de fe.

Arranca muy acertadamente de la situación creada a raíz del descubrimiento y de la visión del indio, mediatizada por la información recibida en Salamanca, lugar de partida y tránsito de muchos misioneros y donde llegaban informaciones variadas. A tenor de la información recibida, dependiente, a su vez, del contacto con variadas realidades americanas, surge el debate sobre la capacidad del indio. Entre las tesis extremas del buen salvaje o del salvaje a secas, en Vitoria se abre camino una tesis media que en algunos aspectos asemeja al indio a los niños, necesitados de protección y de un proceso largo en el camino de la fe, que va mucho más allá de la mera transmisión o anuncio de la Buena Nueva.

El núcleo fuerte de la tesis está en el análisis de los principios teológicos que condicionan el problema. Los presupuestos de la voluntad salvífica universal han de conjugarse con la libertad humana, con la posibilidad de conocimiento de la verdad y de la ley natural, y con las pautas de comportamiento: obrar por razón natural, tender a la felicidad natural, trascender el deseo natural. En un segundo momento se plantea la clásica cuestión del fin último y en él la relación de la gracia con el conocimiento y la acción natural, con el gradual amor a Dios, con la preparación a la gracia y la justificación. Vitoria promueve una armonización de naturaleza-gracia, del conocimiento natural y la Revelación, y concibe con amplitud los modos de actuar de la voluntad salvífica divina.

Desde el ángulo de la fe como condición universal de salvación y desde el hecho de la ignorancia invencible y de la no promulgación de los contenidos de la fe, se plantea el objeto y la naturaleza de la fe salvífica, los modos de acceso a la misma, la graduación de su contenido explícito o implícito, los grados de pertenencia a la Iglesia como instrumento de salvación. También en este capítulo, Vitoria con visión humanista positiva otorga especial importancia al sustrato razón-libre albedrío, buscando una fórmula flexible y gradual en el acceso a la fe, valorando el sustrato humano sin requerir intervenciones milagrosas.

En el pensamiento de Vitoria se aprecia alguna evolución, dentro de su fidelidad a santo Tomás. Esta evolución es perceptible al disponer hoy de sus comentarios a santo Tomás y no solamente de la relección *De Indis*, sobre la que, de manera exclusiva, se había interpretado el pensamiento vitoriano. La utilización abundantísima y matizada de las fuentes, así como de la copiosa bibliografía general sobre un viejo problema teológico, prestan gran seriedad y profundidad al estudio de Méndez Fernández. Ocupado, seriamente, en los presupuestos del problema, toca someramente al final de su estudio las derivaciones pastorales del planteamiento citado y la razón de modos pastorales contrapuestos, según se otorgue primacía a la aceptación de los contenidos de fe o a una previa disposición gradual

a la misma: fe-comportamiento, o comportamiento mejorado que desemboca en la fe.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

J. M. de Bujanda, *Index de l'Inquisition espagnole 1583-1584. Index des livres interdits, VI* (Sherbrooke: Centre d'Etudes de la Renaissance 1993) 1.246 pp.

La monumental obra emprendida por J. M. de Bujanda desde su Centre d'Etudes sur la Renaissance, en la universidad canadiense de Sherbrooke, procede con paso firme y nos brinda en este tomo VI de su serie la segunda y última parte de los Index de la Inquisición española en el siglo XVI. En el presente tomo se ocupa de los de 1583 y 1584. Es una pieza maestra dentro de la evolución tanto general europea como de la Inquisición española, y prototipo de lo que han de ser los Index del XVII y XVIII. La labor recopiladora, precedida por los Índices de París, Lovaina, Venecia, Amberes, llega a su culmen, y los autores aparecen divididos en secciones: Obras en latín, francés, italiano, alemán, etc.

La novedad principal de los Índices de 1583 y 1584 está en la introducción del expurgo, que es tanto como la aportación del matiz. Tanto el Index español de Valdés como el romano de Paulo IV, ambos de 1559, habían incluido en sus listas a algunos autores católicos. Esto produjo, en lo que se refiere al romano, el propósito de Pío IV de «suavizar» la aspereza del Index de su predecesor y los trabajos de la comisión del Index del Concilio de Trento en tal dirección. Tal tarea requería esfuerzos ingentes y múltiples, aplicada, v.gr. a la inmensa obra de un Erasmo. La labor llegó a fluctificar en el Index de Amberes, que iniciaba un camino que proseguirían los Índices españoles que en este tomo se publican. Los quince años de elaboración del Index de Quiroga contaron, entre otras, con la colaboración importantísima de la universidad de Salamanca, donde la del maestro Sancho, León de Castro, el Dr. Vera, etc., con la colaboración de otros profesores, fue de gran envergadura. Esta labor, analizada por Bujanda, adquiere nuevo relieve junto a la ya conocida de última hora del jesuita P. Mariana. Todo ello es expuesto por Bujanda en una concisa cuanto documentada introducción para que la que se ha servido de investigaciones previas de Peset, F. Asensio, A. Márquez, V. Pinto Crespo y J. Pardo. Además, en las páginas 109-51 nos da la correspondencia de las obras latinas del Index de 1583 y 1584 con las de los Index anteriores, con lo que queda claro el trabajo de acarreo y acumulación progresiva que se va operando en este campo.

El editor (p. 12) lamenta que, por razones de espacio, no haya podido reproducir íntegramente el Index expurgatorio de 1584. Efectivamente, siendo lo más característico del mismo, acortarlo significa privarnos de todo el esfuerzo de matización puesto en el expurgo, del que tantas mues-

tras subsisten en las bibliotecas españolas. La óptica peculiar de cada expurgo, a tenor de la materia de la obra expurgada, refleja los criterios de los censores y en alguna manera la *sensibilidad* mostrada por la Inquisición respecto a ciertos temas y ciertas expresiones, tanto en el campo bíblico y teológico, como en el filosófico y científico, y nunca, curiosamente, en el de la posible obscenidad de obras literarias. No nos queda sino lamentar con él este lunar en una obra de semejante envergadura, donde fue forzoso reducir a un sólo volumen el Index de Quiroga, si bien alcanza las 1.200 páginas.

La edición parcial en facsímil de los citados Índices, la lista final de autores y obras condenadas, los índices de editores, la bibliografía y el Índice final de nombres, facilitan el manejo de esta obra monumental que ya ha doblado el «ecuador» de su proyecto y abre magníficas pistas a la investigación con su esfuerzo puntual y perfecto.

J. I. Tellechea Idígoras

Pontificia Commissio pro America Latina, *Historia de la evangelización de América. Trayectoria, identidad y esperanza de un Continente. Historia da evangelização da América. Trajetória, identidade e esperança de um Continente*. Simposio Internacional, Ciudad del Vaticano, 11-14 de mayo de 1992. Actas. Coordinación por J. Escudero Imbert y V. M. Ochoa Cadavid (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana 1992) VIII, 942 pp.

Secundando un explícito deseo del Sumo Pontífice Juan Pablo II, la Pontificia Comisión para América Latina (en adelante: CAL) organizó el arriba mencionado Simposio Internacional sobre la historia de la evangelización de América, que se celebró en la antigua aula del Sínodo, y cuyo imponente volumen de actas me propongo reseñar aquí, aunque deberá ser en forma necesariamente sucinta.

El libro, espléndidamente editado por la Libreria Editrice Vaticana, está presentado por el obispo español Cipriano Calderón Polo, vicepresidente de la CAL y alma no sólo de este Simposio, sino también de otras felicísimas iniciativas en torno a la digna celebración del V Centenario de la evangelización de América. Viene luego el Discurso de Juan Pablo II en conclusión del Simposio, sobre el cual volveré al final. Siguen el «Discurso de saludo» del cardenal Bernardín Gantin, prefecto de la Congregación para los obispos y presidente de la CAL, y otra «Presentación» del citado mons. Calderón, que inauguraron el Simposio. Tanto el presidente como el vicepresidente destacan, en sus intervenciones, que el Simposio estaba llamado a ser, en las intenciones del Sumo Pontífice, «una especie de prólogo» para la IV Conferencia General del Episcopado Latinoameri-

cano que tendría lugar de allí a poco en Santo Domingo, durante la cual los Pastores del Pueblo de Dios iban a plantearse el presente y el futuro de la evangelización en aquel Continente. Y aquí se pregunta justamente el cardenal Gantin: «Pero, ¿cómo se puede hacer esto sin reflexionar antes sobre el pasado, sin descubrir y ahondar en las raíces cristianas de los pueblos americanos? También para la Iglesia, la Historia es maestra de vida. Por eso, se debe reflexionar sobre la trayectoria de ayer para orientar el camino de hoy y de mañana» (p. 13). «Hemos querido que participen ilustres historiadores de diversas partes del mundo», declara mons. Calderón (p. 18). Y, efectivamente, casi un centenar de autores de América y Europa participaron en el Simposio aportando sus investigaciones y reflexiones, tanto por escrito como en forma oral, que integran los varios centenares de páginas de este valiosísimo volumen. Nos encontramos, de entrada, con cuatro luminosas lecciones debidas a otras tantas egregias personalidades: Marcelo González Martín, cardenal de Toledo, sobre la evangelización del Nuevo Mundo vista desde Europa; Nicolás de Jesús López Rodríguez, cardenal de Santo Domingo, sobre el V Centenario visto desde América; Rafael Caldera, ex-presidente de Venezuela, sobre el nacimiento de América; y, por último, Belisario Betancur, ex-presidente de Colombia, sobre el alma cristiana de América.

Las ponencias propiamente tales versan en general sobre la evangelización en su primer siglo, o sea, sobre lo que ahora se llama la «evangelización fundante», y, dentro de este arco de tiempo, abordan diversos aspectos fundamentales que nos contentaremos apenas con mencionar. El primer aspecto se refiere a la implantación de la Iglesia en América y es estudiado desde un doble punto de vista: primeramente, se analiza la contribución que dieron a dicha implantación el poder temporal (B. Bravo Lira), la jerarquía eclesiástica (P. Castañeda), el clero secular (R. E. Velázquez), los laicos (R. Escobedo Mansilla) y las mujeres (P. Foz y Foz); en segundo lugar, se ilustra la acción evangelizadora de las Órdenes religiosas: franciscanos (I. Vázquez Janeiro), dominicos (A. Huerga), agustinos (R. Jaramillo), mercedarios (S. Aparicio Quispe), jesuitas (J. Villegas), y «otras Órdenes religiosas» (G. Vallejo Tobón).

El segundo aspecto abarca los métodos y destinatarios de la evangelización: catequesis y catecismos en el Nuevo mundo (J. G. Durán), la acción pastoral con los indios (D. Cabezas Gómez), con los mestizos (E. Cárdenas), con los afroamericanos (J. García Gonzales Neto), y con los criollos (G. Lohmann Villena). El tercer aspecto versa sobre evangelización y promoción humana, en torno al cual se agrupan cuatro ponencias: la búsqueda de la justicia y el derecho indiano (J. M. Mariluz Urquijo), historia de la caridad (A. Gravioto), promoción sociocultural (J. Salvador Lara) y la política de poblamiento y urbanización en Hispanoamérica (H. Pietschmann). «Evangelio, cultura e inculturación» es el título del cuarto aspecto que es ilustrado en cinco ponencias: las culturas indígenas de América Latina (A. Lee López), inculturación en Nueva Espa-

ña (S. Poole), colegios y universidades (E. Luque Alcaide), religiosidad popular y sus manifestaciones artísticas (J. García González), y, por último, la evangelización en el proyecto de una sociedad integrada (C. Oviedo Cavada).

Sobre el quinto y último aspecto, «Luces y sombras en la evangelización americana», se reúnen seis ponencias: interpretaciones de la evangelización (M. Fazio Fernández), historiografía reciente sobre la evangelización (M. Hernández Sánchez-Barba), la conciencia cristiana y los problemas de la conquista (L. Díaz-Trechuelo López-Spínola), concilios y sínodos hispanoamericanos (W. Henkel), los santos latinoamericanos (F. González Fernández), el acontecimiento guadalupano (A. Alcalá Alvarado). Hay que notar también que, después de cada grupo de ponencias se editan las intervenciones, a veces muy interesantes, que se hacían en el animado «diálogo» con que se cerraba cada sesión. Además de las ponencias, se editan seis exposiciones presentadas en una tabla redonda que contienen un «balance histórico» de la primera evangelización, y nueve comunicaciones, que versan, por lo general, en torno a uno u otro de los cinco aspectos indicados. Con unas palabras conclusivas del cardenal Gantin y con tres índices, de personas, de lugares y general, debidos a los diligentes coordinadores, se cierra esta colosal historia de la primera evangelización de América.

Volviendo ahora, como prometí, sobre el Discurso que Juan Pablo II dirigió el último día del Simposio a los participantes en él, quisiera destacar aquí sólo dos conceptos. El primero consiste en la insistencia con que el Papa recomendó el V Centenario de la evangelización de América como ocasión propicia para el «estudio histórico riguroso, enjuiciamiento ecuánime y balance objetivo de aquella empresa singular» (p. 6). El segundo concepto del Papa, que no puede ser silenciado en una revista que lleva por nombre *Salmanticensis*, concierne precisamente al papel rector desempeñado por Vitoria y la Escuela de Salamanca en la evangelización de América; el Papa dedica al tema cuatro largos párrafos, de los que entresaco las primeras líneas: «El testimonio de la Escuela de Salamanca representa un encomiable esfuerzo por encauzar la acción colonizadora según principios inspirados en una ética cristiana. Fray Francisco de Vitoria, en sus célebres *relecciones* sobre los indios, sentó los fundamentos filosófico-teológicos de una colonización cristiana. El maestro de Salamanca demostró que indios y españoles eran fundamentalmente iguales en cuanto hombres» (p. 7).

Pero esto era solamente el «prólogo»; el «libro» sabemos lo están escribiendo ahora, después de la Conferencia de Santo Domingo, los promotores de la nueva evangelización de América. Nuestra enhorabuena a la dinámica Comisión Pontificia para América Latina.

Isaac Vázquez Janeiro

M. Andrés Martín (ed.), *Misioneros extremeños en Hispanoamérica y Filipinas. Diccionario biográfico y bibliográfico*. (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos 1993) XVIII, 427 pp.

La participación extremeña en la empresa americana aceptada en su globalidad recibe un refrendo en esta obra desde un ángulo peculiar y menos conocido: la aportación de misioneros. Promovida por las diócesis de Extremadura y dirigida por M. Andrés Martín con un amplio equipo de colaboradores ha logrado poner ante la vista de los lectores la nómina de 1.400 misioneros extremeños presentes en América y Filipinas.

Ordenados por orden alfabético figuran en esta obra un millar y medio de misioneros, acompañados de una breve bibliografía básica. Ello implica el manejo de una enorme bibliografía, particularmente rica en lo referente a Órdenes religiosas. En algunos casos es factible dedicarle al misionero una o más columnas; en otros, solamente unas pocas líneas, que recogen su apellido, su procedencia y el país americano de destino. Obispos (28), Comisarios y provinciales, escritores, los «Doce» franciscanos de la fama, representan la flor de esta importante aportación, importante por su número y calidad. Antonio Trejo, Gabriel de Talavera, García Braceros, Enríquez Flores, González Holguín, Miranda Villafañe, Portocarrero, Valadés, San Juan Macías, junto con los numerosos Alburquerque, Altamiranos, Alvarados, Ovandos, se distinguen en esta lista de franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas o de sacerdotes seculares. De algunos no ha podido saberse más que su lugar de nacimiento y destino y su pertenencia a una Orden religiosa. De otros puede establecerse una condensada biografía con enumeración de sus actividades.

Unos ricos índices finales ayudan al manejo de la obra: el toponímico, el índice de misioneros por orden alfabético, más distribuidos entre su calificación (agustinos, agustinos recoletos, clero secular, dominicos, franciscanos, jerónimos, jesuitas, mercedarios, premonstratenses, órdenes militares, trinitarios, seglares y hasta una mujer, la agustina Jerónima de la Madre de Dios. Destaca, entre todos, el millar aproximado de franciscanos. Elaborada la obra bajo el criterio geográfico de origen (Extremadura), criterio que avala el Índice de pueblos extremeños de misioneros, raíz y cuna de los mismos, puede ocultar el significado esencial de la mediación de las Órdenes religiosas, naturalmente enclavadas en Extremadura: ellas hicieron el milagro de suscitar el espíritu misionero y encauzarlo hacia el continente americano. Junto a los catálogos de misioneros de Órdenes religiosas y los logros de recientes congresos monográficos sobre la expansión misionera de las mismas, puede figurar con honor esta obra para honor y gloria de Extremadura.

J. I. Tellechea Idígoras

R. Lazcano, *Bibliographia Missionalia Augustiniana. América Latina 1533-1993*, (Madrid: Editorial Revista Augustiniana 1993) 646 pp.

La participación de la familia agustiniana en la evangelización de América, menos aireada que la de franciscanos y dominicos, es a todas luces importante. Solamente en el siglo XVI, a partir de su llegada a Nueva España (1533), está presente en Perú (1551), Bolivia (1559), Ecuador (1569), Colombia (1571), Panamá (1591), Chile y Argentina (1595). Y hablábamos de familia, porque comprende a agustinos, agustinos recoletos y agustinos descalzos, además de las agustinas, también presentes en América. Esta presencia significará las tareas de evangelización ordinarias, la consolidación de la Orden, la aportación de obispos, la erección de universidades y colegios universitarios, la contribución al dominio de las lenguas nativas mediante la redacción de catecismos, sermonarios y obras en que reflexivamente se plantean los problemas teológicos y misioneros.

Todo ello ha tenido reflejo en escritos *de y sobre* agustinos, cuya recopilación ha sido objeto de investigaciones anteriores. En la obra presente, Rafael Lozano, con la ayuda de numerosos archiveros y bibliotecarios de la Orden, ha abordado el tema de un modo orgánico y completo para ofrecernos un instrumento de trabajo de gran valor. La obra está dividida en cuatro partes: I. En una primera recoge todas las obras de bibliografía general de la Orden, de diversas bibliografías americanas (México, Perú, etc.) o de obras generales como el Nicolás Antonio y otras, así como el elenco completo de crónicas e historias de la Orden (casi setenta) o estudios sobre la Orden en general; II. En la segunda parte, titulada historia local, la bibliografía se ordena en torno a dieciséis repúblicas americanas, desde Argentina a Venezuela, ordenando por siglos la bibliografía correspondiente. Habrá que tener en cuenta que la actual designación de Repúblicas no corresponde a la nomenclatura geográfica de los mismos territorios ni a la de las provincias de la Orden; III. La tercera parte, historia personal, ordenada por siglos, ofrece un elenco de los protagonistas o figuras más notables de esta historia, ordenados por siglos: 28 agustinos del siglo XVI, 30 del XVII, 9 del XVIII, 2 del XIX y 20 del XX. En esta lista figura una galería de figuras de mayor resonancia histórica, v.gr. Agustín de Coruña, Andrés de Urdaneta, López de Solís, Andrés de San Nicolás, Pedro de Sagunto, Gaspar de Villarroel, Alfonso María Escudero, José Agustín Fariña, Ezequiel Moreno, hasta el obispo Legarra, fallecido en 1985. Sigue a ello un repertorio sobre las agustinas, con bibliografía general, local y personal.

La utilización de un amplio fondo de libros y revistas —más de doscientas— como fuentes informativas puede dar una idea del esfuerzo realizado por el autor, cuyo aprovechamiento es facilitado por los índices analítico, onomástico y de bibliografiados. Todo ello convierte la obra en un excelente repertorio bibliográfico de interés especial para la historia

de la Iglesia en América, para la Misionología y para la historia de la *familia* agustiniana.

T. I. Tellechea Idígoras

F. Carmona Moreno, OSA, *Fray Luis López de Solís, OSA. Figura estelar de la evangelización de América* (Madrid: Editorial Revista Agustiniana 1993) 223 pp.

El impulso dado a los estudios sobre la evangelización de América con motivo del V Centenario del Descubrimiento ha permitido extender la atención a muchas parcelas hasta ahora ignoradas y centrarla para abordar temas monográficos. Aunque la figura del obispo agustino Solís no había sido olvidada, por el contrario tuvo especial relevancia en el Congreso Internacional sobre Agustinos en América y Filipinas (Valladolid 1990), se merecía una monografía, que enriquecerá la memoria viva que aún se guarda de este cuarto obispo de Quito, misionero también en tierras peruanas y bolivianas.

La ejemplaridad de este obispo agustino, llamado en su tiempo «Obispo santo» y las facetas de su actividad pastoral, son objeto de este libro. Salmantino de nacimiento y vinculado a una estirpe notable como la de los Solís, hijo del glorioso convento de San Agustín al que pertenecieron por entonces santo Tomás de Villanueva, el beato Orozco y fray Luis de León, se enrola como tantos otros en la empresa misionera americana, a la que se había comprometido el Capítulo provincial celebrado en Villanubla (1531). México y Perú serían su destino. En 1558 zarpaba con otros diez, siendo corista diácono, fray Luis López Solís.

Carmona Moreno delinea sobriamente la situación de la misión del Perú y glosa el *Vademecum* de los misioneros agustinos redactado por el P. Calancha. Sigue luego los pasos de Solís, su ordenación sacerdotal, su magisterio en filosofía, su misión entre los uros, sus responsabilidades de gobierno (provincial, maestro, doctor, catedrático en Lima), su participación en el importantísimo Concilio Provincial Limense III tras el Concilio de Trento, sus desvelos por el afianzamiento de la Orden agustina.

En 1591 era nombrado obispo de Río de la Plata, actual Asunción, capital de Paraguay. La llaneza con que aquellos obispos trataban a los reyes llamados absolutistas ofrece una bella lección. Al recibir la R. Cédula con el nombramiento, alude a la «extrema necesidad que toda aquella tierra tiene de doctrina, que como es pobre en oro y plata, todos huyen de ella, yo la he aceptado como si fuera el de Toledo». Sin embargo, casi inmediatamente fue trasladado a la diócesis de Quito (1591).

Consagrado obispo, celebró dos Sinodos diocesanos (1594 y 1596), fundó el colegio-seminario de Quito y otro más para los hijos de caciques indios. Las visitas pastorales, personales o por visitadores, los estímulos

de párrocos y doctrineros, la fundación de nuevas misiones, parroquias y conventos, la creación de diversas obras asistenciales para indios, conforman el perfil episcopal de Solís. Su defensa de los derechos humanos de los indios le valieron contratiempos y dificultades, mas resultan admirables, por su realismo, las cartas que sobre este asunto dirige al rey. Su promoción al obispado de Charcas no llegó a tener efectividad en este hombre ya vencido de los años, que dejó honda huella entre sus coetáneos.

Dos cartas autógrafas de Solís edita el autor, dejándonos el regusto y la añoranza de otras piezas similares, aunque también a lo largo de la exposición intercala algunas piezas. Dejar hablar por sí mismas a estas figuras vale más que recopilar los elogios de las crónicas coetáneas, generalmente barrocas en su estilo. En pocas y densas páginas contamos con el perfil de un gran obispo, digno de figurar en la galería de grandes misioneros.

J. I. Tellechea Idígoras